

VISIÓN | doble

REVISTA DE CRÍTICA E HISTORIA DEL ARTE

Título: Del olor del barro: entrevista a Heidi Anne Vera
Title: On the Smell of Clay: Interview With Heidi Anne Vera

Autor / Author: Elizabeth Robles
Artista y Educadora Independiente

Resumen: Elizabeth Robles entrevista a la ceramista Heidi Anne Vera, con la que comparte el entusiasmo por el barro como material de producción artística. Con ella repasa los inicios de su carrera, su dinámica experiencia artística y la filosofía alrededor de muchas de sus creaciones. En ella destaca el concepto del “aquí y ahora” en el ritual del uso que confiere a gran parte de sus obras.

Abstract: Elizabeth Robles interviews ceramic artist Heidi Anne Vera, sharing their passion for clay as a material for making art. Both artists review the beginnings of Vera’s career, her dynamic experience, and the philosophy of her artworks. The concept of “here and now” is highlighted here, as part of the ritual use of many of her pieces.

Palabras clave: barro, cerámica, torno, Heidi Anne Vera, ritual, Elizabeth Robles

Keywords: Clay, Ceramics, Potter’s wheel, Heidi Anne Vera, Ritual, Elizabeth Robles

Sección: Entrevistas / **Section:** Interviews

Publicación: 22 de abril de 2021

Cita recomendada: Robles, Elizabeth. “Del olor del barro: entrevista a Heidi Anne Vera”, *Visión Doble: Revista de Crítica e Historia del Arte*, 22 de abril de 2021, humanidades.uprrp.edu/visiondoble

Visión Doble: Revista de Crítica e Historia del Arte
Programa de Historia del Arte, Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras
13 Ave. Universidad Ste. 1301
San Juan, Puerto Rico 00925-2533

+1 (787) 764-0000, extensión 89596
vision.doble@upr.edu
<http://humanidades.uprrp.edu/visiondoble>
<https://revistas.upr.edu>



Del olor del barro: entrevista a Heidi Anne Vera

Elizabeth Robles

Artista y Educadora Independiente



Heidi Anne Vera, alfarera-artista, en Ciales durante esta entrevista, recogiendo barro.
Foto: Elizabeth Robles.

Esta entrevista se realizó el día tercero, del tercer mes, del año 2021, luego de visitar por primera vez el taller de Heidi Anne Vera, y de experimentar torneado a la vez que descubría dar movimiento a su torno patero. Sorprendida por la energía que allí se generaba, la invité a ir a algún río para entrevistarla. Quería compartir con ella la experiencia de recoger barro. Pasó casi un año de pandemia, razón por la cual no fuimos al río, pero una vez retomamos el diálogo, ya más acostumbradas al uso de mascarillas, nos fuimos a recoger barro a Ciales. Durante el viaje,

cruzando puentes, recogiendo parchas a la orilla del camino y, observando golondrinas que anunciaban que llovería, nos perdimos. Fue así como logramos que surgiera esta entrevista.

Vera da atención a los detalles, por eso no es de extrañar que se detenga armoniosa y pausadamente al hablar de las dos partes principales de sus tazas: el peso de su cilindro (paredes del recipiente) y el mango. Nos cuenta su interés en lograr llevarnos al momento presente y, en ese estado de conciencia, dar con todo lo que puede surgir, desde el mango hasta el fondo de sus tazas. Al escucharla, no solo es posible sentir el cuidado que pone al diseñar y crear el agarre de cada taza, sino también comprender su filosofía respecto al barro, la sabiduría que abre la experiencia del instante como forma de vida. Se trata de vivir la fragilidad del agarre del mango, de sujetar la taza no como un acto automático, sino como una acción atenta a la dualidad que reúne la fortaleza del barro hecho piedra-forma —la taza— y la fragilidad —si se cae—, junto a nuestra vulnerabilidad en el riesgo al beber. El agarre que el mango nos entrega para beber de sus tazas no siempre será una tarea fácil ante el líquido caliente. Así, la artista nos coloca ante el acto de beber como uno que activa el potencial de la belleza al tocar, gustar y apetecer. Su arte es un arte del deseo y de atención al instante presente. De hecho, enfatiza Vera, el agarre propone *enfocarnos en el aquí y el ahora*.

A lo largo de la entrevista, Vera nos permite recorrer con ella los procesos de su dinámica formación y algunos de los conceptos de trabajo en sus cerámicas.

Elizabeth Robles: ¿Cómo llegas al barro?, ¿cuál ha sido tu formación?

Heidi Anne Vera: Yo estudié en colegios católicos en Mayagüez y quería ser monja. De ahí nace mi interés e intención de completar estudios en psicología, y fue así como entré al Colegio de Mayagüez, pero acabé estudiando en el Departamento de Humanidades, en el programa de Filosofía. Éramos una comunidad pequeña, nunca pasamos de ser un grupo de doce estudiantes. Durante esos estudios me matriculé en un curso electivo con el profesor Félix Zapata. Era un curso de técnicas básicas de construcción en cerámica. Fue ahí cuando me enamoré. En ese momento aprendimos todas las técnicas básicas de construcción manual; además del torno, trabajamos el pinchado, el cordón y las placas. También trabajamos con yeso. Luego me matriculé, también con él, en el curso de torno. El proceso fue bien transformador, una transformación que se dio a la vez del reto de aprender a trabajar el torno.

Ese taller era un bálsamo, quedaba fuera del Recinto, en un lugar apartado entre árboles. Para llegar tenía que caminar como veinte minutos. Entiendo que era una casa en los años 40, que había sido remodelada para ofrecer talleres. Estaba en una lomita y, al subir, entrabas por el área del estacionamiento, hasta dar con una escalera larga para entrar a los talleres. Había un taller de escultura, uno de cerámica y dos áreas adicionales para las clases de dibujo.

Al entrar al taller de cerámica lo primero que veías eran los tornos de patear, como el que yo tengo hace años. Los tornos pateros son altos, tienen una rueda bien grande y pesada abajo,

que es lo que permite mantener el movimiento giratorio. Son pesados, ocupan mucho espacio y, para trabajar en ellos, utilizas todo tu cuerpo. Mientras estudiaba en el RUM, los decomisaron y entonces trabajamos con tornos eléctricos. Además, contábamos con varios tipos de hornos. Aunque no daban clases de esmaltes había un cuarto pequeño donde estaban los químicos y minerales. En el curso que tomé usábamos esmaltes comerciales, pero yo hablaba mucho con el profesor Zapata sobre los colores y la creación de esmaltes. El barro que usábamos lo preparábamos con la receta del profesor, el barro venía en forma de polvo blanco. Además, teníamos una máquina de mezclar barro y un *extruder*, para compactar el barro. Sobre amasar el barro, este proceso me tomó tiempo aprenderlo, hasta que alcancé el ritmo del amasado. Luego tomé varios cursos con Bernardo Hogan. Yo vivía en Las Marías, estudiaba en Mayagüez y viajaba todos los fines de semana a tomar el curso de esmaltes que él ofrecía en el *Trapito*, una tienda-taller en la Placita de Roosevelt. Hogan nos guiaba con todo su cariño que tenía a la profesión. Con él hicimos muestras y nos enseñó a ajustar las recetas.



Izquierda: Heidi Anne Vera, *Stellaris*, 2019. Vasija en barro rojo, esmalte y plata.
Derecha: Heidi Anne Vera, Tetera esmaltada con receta de Bernardo Hogan, 2005.

A mí me interesaban los esmaltes funcionales que no fueran tóxicos. Pienso en ese proceso y vuelvo a esa época desde este momento y veo que tenía entusiasmo por aprender y era persistente; te digo, soy como mi hijo, cuando quiero algo lo consigo. Yo llegué allí sin conocer a nadie, pero ahí conocí a Diana Dávila. Ella me inspiraba mucha paz y su forma de ser, sensibilidad y apertura me daba confianza, sentía que podía acercarme a ella. Era un espacio

de aprendizaje, no estábamos compitiendo, sino compartiendo conocimiento. Yo sé que la cerámica es lo que me toca hacer. Hogan atendía el trabajo de cada uno individualmente pero frente al grupo, atendía las dudas que teníamos y, con su crítica y sugerencias, aprendíamos todos.

ER: ¿Recuerdas la primera pieza que hiciste?, ¿cómo se sintió?

HAV: Aparte de los trabajos de la Universidad, recuerdo un cuenco en barro negro. En la emoción al verlo dije, ¡ay qué bonito!



Izquierda: Heidi Anne Vera, Cuenco: esmalte sobre barro negro, s.f.

Derecha: Heidi Anne Vera, taza, s.f.

ER: ¿Lo tienes todavía?, ¿cómo era?

HAV: Tengo una foto, Ivette Cabrera, ceramista y también profesora en Mayagüez, me orientó sobre la necesidad de documentar mi trabajo. Ese cuenco estaba pintado con uno de los esmaltes que desarrollamos en la clase con Bernardo Hogan. Me gustó mucho el resultado del color aplicado con soplete, con el *air brush*. Me gustó sobre todo el color crema sobre la oscuridad del barro. También recuerdo otra pieza. Cuando estudiante, el profesor Zapata nos dio un ejercicio para el que teníamos que escoger un animal y hacerlo con la técnica del cordón. Yo construí una tetera y los cordones que la formaban eran serpientes. Le hice la textura de serpiente a cada cordón con una aguja. Es una tetera de diez pulgadas de alto por siete pulgadas de ancho. También, durante mis estudios en la Universidad, tomé clases con Aileen Castañeda para pulirme en la técnica del torno.

ER: ¿Qué tipo de trabajos haces ahora?

HAV: Trabajo platos, tazas, vasijas, sahumerios y tengo planes de hacer diversas vajillas. Siempre me incliné a lo utilitario. Mientras estudiaba veía que el interés general era más hacia lo escultórico y los murales, pero mi tendencia rebelde me lleva a ir por donde nadie quiere caminar, así que empecé a hacer tazas. En las tazas doy atención a los mangos como elementos escultóricos y voy creando mi propio lenguaje.

Para las tazas a veces hago bocetos, busco las posibilidades del mango. De las tazas me gusta que se sienta su peso en la mano. El estar aquí ahora, sin irnos al pasado ni al futuro, el mango. Mis tazas tienen la intención de que estés ahí con ellas. Usar la taza se siente y se convierte en un rito diario, beber es una práctica, para la que se tiene que estar alerta al agarrarla. Mis tazas piden atención y eso es una forma de volver al aquí y al ahora. Es que todo diseño tiene su intención detrás. Todo está entrelazado de alguna forma.



Heidi Anne Vera, Plato esmaltado, con oro sobre azul, 2020.

ER: ¿Cómo surge la presencia de escritura en tus trabajos?

HAV: Comencé escribiendo sobre los platos citas y aforismos de los filósofos que me gustaban y de libros que leía. Mi trabajo ha sido bien intuitivo desde el principio. Recuerdo que hice unos platitos con tapas cónicas y luego encontré algo similar en unos platos turcos, que también tenían tapas altas. Hice varios de estos platos y escribí “La tapa” arriba. Todo surgía al mismo tiempo, hacia una pieza detrás de la otra, escribía en los platos y exploré la escritura en las tazas. Las piezas escritas tenían textos sobre los elementos y temáticas de la tierra. Al principio usaba frases, mayormente, de *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche, por la unión en su escritura de la poesía y la filosofía, y también empecé a usar frases de Kafka.

ER: Sé que trabajas cerámica ceremonial, ¿qué papel juegan los textos en ella?

HAV: Tiempo después, mientras practicaba yoga, me envolví en el trasfondo filosófico de esa disciplina, que no debemos confundir con una religión. De ahí viene la idea de escribir mantras, por mi interés en la repetición de frases para mantener la atención enfocada en algo positivo. Toda mi práctica espiritual, de alguna forma, cae en el barro, tanto en el diseño como en la escritura. Desde hace un tiempo no uso citas, sino que escribo mis propios pensamientos. Escribo conjuros enfocados en la belleza, la abundancia y el amor propio.

Luego de un tiempo de escribir en mis cuencos, me topé en la internet con unas imágenes de unos cuencos casi iguales a los míos. Resulta que, en la antigüedad, en el área del Irán y en Irak actuales, se escribía para espantar a los demonios, en unas obras que se llamaban *demon bowls*. Luego enterraban esos cuencos en el terreno de sus casas para protegerse de los espíritus malos. Son textos en arameo y en otras lenguas antiguas. Esto me impresionó porque entendí que había conectado con algo espiritual de una forma bien intuitiva. En la cerámica y, en todo arte, ya se ha hecho todo, y me maravilló que, aunque nunca los había visto, conecté con ellos. Desde que los vi, llamo a los míos cuencos encantados. Cuando una los lee, se da otra forma de encantamiento, una en la que está el tacto envuelto. Hay movimiento y hay una ilusión óptica envuelta, de modo que cuando terminas de leer las letras siguen en movimiento.

ER: ¿Cómo es ese proceso de escritura en barro?

HAV: Comienzo la escritura desde el borde, desde afuera hacia adentro. A veces estos cuencos antiguos llevan un diseño en el centro y también he estado experimentando con eso. La escritura forma una espiral más cerrada o abierta, que va desde el borde hacia adentro. Hacerlo es un proceso meditativo para mí. Cuando uno escribe hay que estar bien atento. Según elija escribirlo, será el tiempo que me tome. Comencé a escribir mis cuencos directamente sobre el barro en estado de cuero, utilizando un cuchillo viejo que no tiene ni mango; también para escribir uso la aguja de cerámica. Si las letras son de líneas rectas, es como imprimir cada rayita de la letra, rayita a rayita.



Heidi Anne Vera, Plato esmaltado-
óxido y oro, 2020.

ER: Háblanos sobre el inicio de tu práctica como maestra de barro

HAV: Empecé en mi casa, quité los muebles de la sala y monté una mesa improvisando un taller. Los grupos eran pequeños, no más de seis personas. Desde el principio me encantó enseñar, todavía prefiero los grupos pequeños. Empecé a enseñar cursos cortos y trabajábamos proyectos temáticos que realizaban utilizando las técnicas de construcción que les iba enseñando.

En la Universidad de Puerto Rico empecé a dar clases en el 2019. Enseñando me siento como un pez en el agua, compartir lo que sé es algo que me gusta. Al enseñar también he tenido que volver a estudiar y repasar términos y lenguaje que ya sé sin tener que pensar en ello. Igual, voy aprendiendo términos nuevos que no usábamos en los cursos en los que me formé. Enseñar ha sido enriquecedor, una crece al enseñar. Observar las partes de las piezas y, por ejemplo, darles nombres a las curvaturas e intersecciones en las piezas, ha sido fascinante. Me encanta encontrarme con los jóvenes y maravillarme de cómo todos sacan algo distinto de las mismas instrucciones. Además, trabajando en Bellos Oficios he conocido colegas como Gadiel Rivera, a Redo del Olmo y a Raúl Cintrón; de hecho, me he reencontrado ahí con Nicolás Damiani, quien también fue mi profesor de esmaltes en la Escuela de Artes Plásticas.



Izq.: Heidi Anne Vera, Vasija galáctica, 2015. Dcha.: Heidi Anne vera, Taygeta, vasija, 2013.

ER: ¿Cómo es el proceso de trabajo en tu taller?

HAV: Mi taller está en el “laundry” de mi casa y no tengo horario fijo para nada. Crear viene como de un lugar que no puedes forzar. Hay que tener paciencia. Además, para crear tengo que estar sola. Mis procesos los comparto con mi amiga Alexandra Pagán; a ella le enseñé las

piezas, le hablo y ella me da retroalimentación. Mi consulta primordial es con ella. Para cosas más técnicas voy a los libros, me gusta estar a solas con ellos en el taller. Así voy creando primero en mi cabeza antes de sentarme en el torno. Las pienso durante semanas, el color y lo que voy a escribir en ellas. Respecto a las formas, improviso, aunque tenga una idea previa; me dejo llevar en el torno, para ellas no suelo hacer bocetos. Con las vasijas sí me siento a hacer bocetos. Algunas vasijas al torno llevan mangos construidos en plancha. Hay una que vi la forma primero y la *boceteé* antes de empezarla. Luego de hecha, siento que no es ni mía; me dicen tantas cosas de esa vasija...



Heidi Anne Vera, *Sahumadores*, 2019.

ER: ¿Qué búsquedas te guían en estos momentos?

HAV: Incluir imágenes. Ahora investigo una de los anasazi. Nosotros tenemos petroglifos muy parecidos respecto a la forma. Los anasazi hacían figuras humanas agarradas de la mano alrededor del cuenco. Algunas de las figuras no tienen género, son más una silueta. En el centro de las piezas estoy trabajando con la imagen del ADN, por el poder de transformación en los conjuros. Un cambio de percepción todo lo transforma. Las neuronas en el cerebro no son estáticas, se mueven y se acomodan según como uno vive, como uno piensa y actúa. Las neuronas tienen la capacidad de reacomodarse según uno manifiesta la vida. Me imagino que el ADN, aunque es un código genético, puede responder o reaccionar a estímulos. Así que procesar la palabra al leer el conjuro escrito en el plato puede generar una transformación que llegue hasta los huesos. Los conjuros no son inmediatos, la transformación toma tiempo.

Hay piezas a las que le tengo mucho cariño, como a los sahumadores. Mi primer sahumador fue un encargo; tras ese encargo, llegaron otros para diversas ceremonias. Ahora mismo tengo otros diseños en mi mente. Tengo ya una vajilla en proceso y otra en mi cabeza; cuando eso pasa todo fluye. Los conjuros y afirmaciones los pido y me llegan. Ahora estoy en la belleza del color azul; pienso en los detalles, en el color del café con leche o negro vertido en una taza azul, pienso en cómo se verá el café junto al color azul. El azul lo asocio con la calma, con la paz... pues, mira el cielo. En este momento quiero exponer mi trabajo. Ahora mismo una de mis piezas está en una exhibición en The Clay Studio en Filadelfia. Y claro, quiero seguir dando clases, que me encanta.

ER: ¿Cómo te piensas dentro del mundo del arte?

HAV: En el camino he aprendido que las palabras se acercan un poco pero no abarcan todo, por eso a veces me siento artista y artesana, y a veces no. Son palabras que abarcan solo un poco de lo que soy. En este momento me gusta llamarme alfarera-artista.

ER: ¿Qué olor te envuelve en el taller?

HAV: El bálsamo del barro... girando junto al agua.